

LA ORDEN CAMALDULENSE



**GRANDES RASGOS DE SU HISTORIA
Y ESPIRITUALIDAD**

LA ORDEN CAMALDULENSE

Grandes rasgos de su historia y espiritualidad

Este texto que presentamos, ha sido escrito por un eremita camaldulense que ha sido Padre Mayor de la Congregación, y en la actualidad es prior de uno de los yermos de Italia. Con esta publicación queremos sumarnos a los numerosos actos y actividades que se van a celebrar este año de 2012, en el que conmemoramos el milenario de la fundación del Sagrado Yermo de Camaldoli por san Romualdo.

Madrid, enero de 2012

“Sabed, muy queridos hermanos, que el Yermo de Camaldoli fue fundado por el santo padre Romualdo, ermitaño, bajo la inspiración del Espíritu Santo y por la iniciativa del Reverendísimo Teobaldo, Obispo de Arezzo, con una iglesia que el susodicho obispo consagró en honor al Santo Salvador, en el año de la Encarnación de 1027”.

“El santo padre, después de construir cinco celdas y establecer cinco hermanos religiosos: Pedro, otro Pedro, Benito, Guy y Teuzon, nombró a uno de ellos, Pedro Dagnino, hombre prudente y santo, superior de los otros cuatro y les dio como Regla el ayuno, el silencio y la fidelidad a la celda.”

Este famoso pasaje de la *Regla de vida* de Camaldoli, escrito entorno al año 1080 por el prior Rodolfo, nos conduce a la fuente humilde y pura de un río que, fiel a su origen, no ha cesado de crecer a lo largo de todo su recorrido y que inevitablemente ha conocido bastantes vicisitudes, hasta el riesgo de caer en el olvido de su origen montaños.

Sin ninguna duda, los ermitaños de Romualdo se entregaron en este lugar, que no podía ser más solitario y grandioso, a un género de vida que, en el Oriente cristiano, hubieran llamado voluntariamente *hesicasmos*. Por otra parte, basta para convencerse continuar leyendo la *Regla de vida* de Rodolfo:

“Algunos hermanos ermitaños se elevaron sobre las alas de la divina contemplación hasta el amor de la Patria celeste, fijando su mirada interior en la luz de Dios y gustando la inefable dulzura de

esta vía. Se encerraron en sus celdas y moraron hasta la muerte, por la fuerza de la gracia de Dios, en un continuo combate contra el enemigo de siempre.”

El santo fundador de la Laura de Camaldoli, Romualdo de Rávena, hizo diversas tentativas para devolver a la vida eremítica de su tiempo su sello de discreción y de estabilidad, preservándola de los caprichos individualistas y de las tentativas de anexión por parte de la vida cenobítica. Camaldoli, su última fundación que subsiste hasta nuestros días, es la expresión de una obstinación nunca olvidada por un hombre obsesionado por Dios y consumido de amor como un serafín, dice su biógrafo san Pedro Damiano. El sacro Yermo de Camaldoli es su testamento espiritual, su obra maestra. Después de permanecer en diversos lugares solitarios, predicando la excelencia y la nobleza de la vida escondida en Dios más con su ejemplo que con su palabra, Romualdo sintió que con la fundación de Camaldoli su misión en la tierra había concluido. La vitalidad de su ideal eremítico en la Iglesia estaba asegurada y podía morir en paz.



San Romualdo. Anónimo, siglo XV

Camaldoli fue un yermo autónomo, sin ningún lazo de dependencia con algún monasterio. A algunos kilómetros, en el valle, se construirá simultáneamente una casa, Fonte Buono, que servirá de hospedería y de hospicio para los viajeros y peregrinos, también de enfermería para los ermitaños enfermos y lugar de abastecimiento. Más tarde se dará la formación inicial a los candidatos a la vida solitaria. Bien parece que el

bienaventurado Rodolfo, bajo cuyo gobierno fue atribuido este rol a Fonte Buono, fue bastante consciente del daño que podía representar la presencia de un monasterio propiamente dicho en la proximidad del Yermo. Es la razón por la que leemos todavía en la *Regla de vida*: “Del mismo modo que le defienden los privilegios del obispo, también por nuestra parte defendámonos de que sea instalado en el hospicio de Fonte Buono, que depende del Yermo, un abad o incluso un prior y que sea transformado en monasterio de cenobitas independientes. Nosotros queremos que permanezca siempre como hospicio del Yermo y quede a su servicio, tal como está establecido y grabado sobre la piedra del altar”.

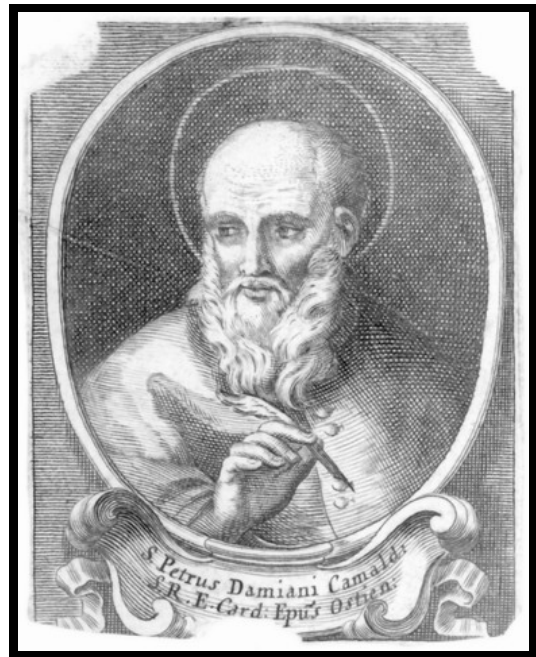
Este texto se refiere expresamente al privilegio acordado por el obispo Teobaldo, que quiso comprometer toda su autoridad para impedir que Camaldoli terminara como monasterio. No era raro en esta época que pasado el tiempo sucediera de esta manera. Si Camaldoli, única fundación durable de san Romualdo, ha quedado durante los siglos como un lugar de vida auténticamente solitaria, en último análisis se lo debemos al obispo Teobaldo y a sus sucesores que juzgaron que el silencio, el ayuno, la permanencia en la celda de los ermitaños era de un valor irremplazable para la Iglesia de Arezzo.



Vista de un Yermo Camaldulense.

En los camaldulenses contemporáneos se habla frecuentemente de otros tres valores en los que se podría ver resumido el pensamiento de san Romualdo concerniente a la vida monástica de sus hijos. Se trata del famoso programa ascensional: monasterio, eremitorio, evangelización (acompañado del deseo del martirio). Este ideal, si podemos llamarlo así, está expresado en un documento de la edad media, descubierto en el siglo XIX en Alemania y datado en los primeros años del siglo XI: la *Pasión de los Cinco Hermanos*, atribuido a san Bruno de Querfurt, discípulo de Romualdo, martirizado en el 1009 en la Rusia kieviana. Dom Jean Leclercq en un estudio detallado, ha demostrado que no se trata ciertamente de un pensamiento atribuido a san Romualdo mismo, sino más bien de una idea personal del autor del documento, que todo el mundo está de acuerdo en reconocer como un alma misionera de gran envergadura y de un celo devorador. Es la razón, bastante segura, que nos impide optar por la triada en cuestión como expresión auténtica de la voluntad de Romualdo para la constitución de su *Orden*.

Cuando san Pedro Damiano entra en el año 1035 en el eremitorio de San Andrés de Fonte Avellana, a los pies del Monte Catria, donde se nutre de la experiencia eremítica de Romualdo y de su ejemplo, el Maestro había muerto hacía ya siete años. Algunos años después san Pedro Damiano va a escribir su vida a petición de los peregrinos de Val di Catro, donde reposa el cuerpo del santo ermitaño. No sólo san Pedro Damiano quiere dar a conocer algunos rasgos de su vida santa sino que quiere dar a conocer su doctrina, continuar su acción a favor del eremitismo y también de la vida monástica en general. Nos recuerda que Romualdo no escribió regla personal y que no tenemos ningún testimonio que nos diga lo que pensaba de la Regla de san Benito que, todavía hombre joven, profesó en el monasterio de San Apolinario in Classe en Rávena. Pero sus discípulos afirman que Romualdo les “ha transmitido la enseñanza de los Padres del



San Pedro Damiano

desierto”, lo que ciertamente nos lleva a los escritos de san Juan Clímaco, a saber, las *Instituciones cenobíticas* y las *Conferencias*. Pero tal referencia no excluye para nada un uso libre de la Regla de san Benito en la medida en que se puede adaptar a la vida de una laura, de una comunidad de ermitaños. Además de quedar para todos nosotros un código espiritual de estimable valor.

Sea como fuere, el Yermo de Camaldoli fue un mundo autónomo, con un *superior* y sus *costumbres* que codificaron san Pedro Damiano para Fonte Avellana y Rodolfo para Camaldoli, como sucederá un siglo más tarde para la Cartuja con Guido. La vida en la celda solitaria será el elemento absolutamente típico. Para el “resto”, la oración, el trabajo, la obediencia, la ascesis, la comunidad de bienes y por encima de todo la caridad fraternal, alma de toda comunidad cristiana, todo esto evidentemente deberá florecer y desarrollarse en el Yermo como en la vida monástica cenobítica. El monacato romualdiano se encuentra a medio camino entre el monasterio y el anacoretismo absoluto de algunos padres del desierto, salvaguardando los mejores elementos del uno y del otro.



Grupo de eremitas, principios del siglo XX.

Si, actualmente, echamos una mirada a la historia del Yermo, constatamos que desde el inicio en el siglo XII, Camaldoli fue cabeza de la Orden, centro de una Congregación monástica que se desarrolló más y más, no por la fundación de otros yermos sino más bien por la anexión de numerosos monasterios que ofrecieron a Camaldoli o que ellos mismos se ofrecieron al Sacro Yermo, emplazándose bajo su autoridad. Verdaderamente fueron curiosas y

duras las consecuencias que esta unión jurídica tuvo entre el Yermo condenado, como se ha visto, a la sola adoración que fungió de casa madre y estos monasterios de cenobitas *camaldulenses* que fueron dependientes. Comprendemos fácilmente que esta situación se hizo extremadamente peligrosa para la *virginidad* de la vida en el Yermo, pero también bastante insoportable para los cenobitas. Pronto se añadió a esta situación que el prior general ya no residiera más en el Sacro Yermo que, por el mismo hecho, no fue ya el centro vital de la familia camaldulense y se debió contentar con un primado de honor. Los cenobitas conocieron una vitalidad y una irradiación bastante espectacular en Italia central y en Venecia. Ambrosio Traversari y el monasterio Santa María de los Ángeles en Florencia son la incontestable ilustración. En cuanto al elemento eremítico de la Orden, se encontraba casi únicamente en Camaldoli, donde los solitarios y los reclusos vivieron con gran fervor, y entre ellos se contaron verdaderos santos, como por ejemplo el bienaventurado Miguel Pini.

En 1510 ingresó en el Yermo un cierto Tomás¹ Giustiniani (1470-1528), seguido de cerca por su amigo Pedro Quirino. Dos candidatos



Beato Pablo Giustiniani

excepcionales de los que la Orden se felicitó. Si fray Pablo Giustiniani exultó en los primeros tiempos de su vida solitaria, deseada después de mucho tiempo, sin embargo muy pronto se percata dolorosamente de la situación precaria del Yermo, a menudo invadida por los cenobitas y viviendo prácticamente en total dependencia. Revisa la tradición, vuelve a la fuente original y no puede sino declarar que “en los comienzos no era así”. Nombrado Mayor del Yermo, hace editar la Regla de los ermitaños y los reclusos, que él ha escrito en total fidelidad a los ancianos. La oposición, bastante viva después de un cierto tiempo, llega a su culmen.

¹ Tomás Giustiniani, al tomar el hábito en Camaldoli, cambió su nombre de pila por el de Pablo, en homenaje al apóstol.

Una mañana fray Pablo, acompañado de un converso, deja el Sacro Yermo en busca de una soledad donde pueda vivir bajo la mirada de Dios en la paz, la pobreza y la oración continua. Su vida seduce y fascina a numerosos buscadores de Dios y a pesar de no quererlo el mismo fray Pablo será padre de una familia de ermitaños, la *Compañía de los Ermitaños de san Romualdo*, que después de algunos años se llamará *Congregación de los Eremitas Camaldulenses de Monte Corona*, por el yermo construido cerca de Perugia, que será el Sacro Yermo, padre de toda la familia. La novedad de esta rama del viejo tronco de Camaldoli consistió en que sólo estaba compuesta por ermitaños al abrigo de cualquier ingerencia cenobítica y pudiendo vivir, en la paz, la silenciosa aventura del Amor. Y en efecto, la Congregación de Monte Corona conocerá en los siglos XVI y XVII un extraordinario desarrollo, extendiéndose no solamente en Italia sino también en Austria, en Hungría, en Eslovaquia, en Lituania y sobre todo en Polonia.



En cuanto al Sacro Yermo, evidentemente sacudido por la marcha de Pablo Giustiniani, logró liberarse del yugo que pesaba sobre él constituyéndose congregación autónoma sobre el modelo de Monte Corona. Uno de sus ermitaños, Alejandro Ceva (+1612) dará nacimiento a la Congregación de los Ermitaños camaldulenses de Piemonte y de Turín, volverá a Francia el venerable Bonifacio de Antonio, primer superior de la joven Congregación de Francia que durante dos siglos, prácticamente hasta la Revolución, producirá muchos frutos de santidad en sus diversos yermos, en Val-Jesús cerca de Saint-Etienne, en san Juan Bautista de Gros-Bois cerca de Versailles, o también en la Sarthe en Nuestra Señora de la Flotte y en Saint-Gilles de Bessé, como en Roga en Bretaña y en la isla Chauvet. El jansenismo ganó casi todos los yermos antes de que fueran barridos por la tormenta.

Los cenobitas camaldulenses se reagruparon alrededor de un Abad general que residía en San Miguel de Murano, después en Faenza. De esta familia monástica saldrá Gregorio XVI, elegido Papa en el año 1831.



Eremitas camaldulenses camino de sus celdas.

Las diversas supresiones de las Ordenes religiosas en el siglo XIX, pero también los nuevos desarrollos, han cambiado profundamente el paisaje camaldulense que se nos ofrece hoy día a través de la existencia de dos familias hermanas. Camaldoli ha llegado a ser el centro de la *Congregación de monjes camaldulenses de la Orden de san Benito*. En 1935 fue suprimida la *Congregación de los cenobitas de Faenza*, los religiosos se unieron a Camaldoli. Esta unión entre elementos heterogéneos no fue una operación sin dolor, pero en la actualidad puede ser saludada como la expresión de un respetable pluralismo monástico que va del monasterio al yermo, de la reclusión a la vida parroquial o misionera. La famosa triada *monasterio-yermo-evangelización* parece expresar bastante bien la vida de esta congregación que, después de la guerra mundial de 1940, se ha desarrollado magníficamente y extendido en la India, Estados Unidos, Tanzania, etc.

En cuanto a la familia hermana, el Sacro Yermo de Frascati, cerca de Roma, es la casa general de la *Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona*. Durante siglos el Yermo de Monte Corona realizó esta función y fue un plantel de santos ermitaños. Suprimida por el Estado italiano en 1861, no pudo, a pesar de las múltiples tentativas, ser de nuevo el Lugar santo entre los hermanos del bienaventurado Pablo. Les encontramos implantados en la actualidad no sólo en Italia, también en España, Polonia, Estados Unidos, Colombia y en Venezuela, tratando en lo cotidiano de su vida escondida en Dios de realizar la santa triada de Romualdo: silencio, ayuno y fidelidad a la celda solitaria.

La gracia de san Romualdo es tan rica y tan inclasificable, tan desconcertante para nuestros espíritus cartesianos, que no se puede codificar como lo es, por ejemplo, la de san Bruno, fundador de los cartujos. Si, sin duda alguna, la vida solitaria es típica de la familia romualdina, es totalmente legítimo querer seguir e imitar al Maestro en tal o cual aspecto de su vida profética.



Eremita rezando en la capilla de su celda.

Señalemos solamente para terminar que en las dos ramas de la única descendencia de Romualdo existe la posibilidad de responder a una eventual vocación a la reclusión: la posibilidad de hacerse, como Nazarena², prisionera voluntario por amor a la libertad de lo alto. La reclusión se nos muestra a todos como una vocación profunda para beber en la fuente pura de toda vida monástica: la pertenencia a Dios en la más íntima comunión con Cristo solitario en la Cruz, donde nace toda fecundidad para la Iglesia y para el mundo entero.

² Julia Crotta, sor Nazarena, monja camaldulense en el monasterio de san Antonio Abad, de Roma. Vivió como reclusa cuarenta y cuatro años, muriendo el siete de febrero de 1990 a la edad de ochenta y dos años.



FRATERNIDAD CAMALDULENSE DE MONTECORONA

frat.laicoscamaldulenses@gmail.com
tf. móvil 600 692 039